

Índice

Prólogo de Fernando Moroy	11
Agradecimientos	13
Introducción	15
1. El triunfo de lo imperfecto: el ejemplo de los Curiacios	19
2. Servio Tulio: el peligro de la envidia	23
3. Luchar con la competencia	27
4. <i>Vae victis!</i>	31
5. Pirro: medir las propias fuerzas	35
6. Aprender de los errores	39
7. Flexibilidad en el gobierno	43
8. Aníbal: aprender para gobernar	47
9. Sempronio Longo: dirigente, sí; líder, no	51
10. Aníbal: elegir bien al enemigo	57
11. Autocrítica y crisis: el ejemplo de Cannas	61
12. El peligroso fuego amigo	65
13. Trabajo, ilusión y suerte: el ejemplo de Zama	67
14. Escipión el Africano y la labor de la dirección general	71
15. Las fiestas lupercales	81
16. <i>Cursus honorum</i> : la carrera profesional	85
17. Guerra Cimbria: la importancia de la unidad	89
18. Las legiones: la necesidad de innovar	93

19. Mario: el valor del ejemplo	97
20. Verres: el administrador corrupto	101
21. Marco Licinio Craso: políticos y economía	105
22. Mitos y metáforas para superar una crisis: el ejemplo de Julio César	113
23. Julio César: contradicciones de un líder (I)	117
24. Julio César: contradicciones de un líder (II)	125
25. La economía subsidiada: el ejemplo de César	135
26. Clodio Pulcher: la importancia de las alianzas	139
27. <i>Casus belli</i> : el fin que justifica los medios	143
28. El valor de los símbolos	147
29. La política romana	151
30. Cicerón: las paradojas de un senador	155
31. Cicerón: la traición por intereses políticos	159
32. Grado y postgrado	163
33. De Farsalia a Madoff: la condena de la <i>hubris</i>	167
34. La sociedad romana	171
35. Resolver una crisis: el ejemplo de César Octavio Augusto	175
36. César Augusto Octavio y Marco Antonio: pelea entre socios	185
37. La batalla de Actium	187
38. César Octavio Augusto: el complejo de inmortal	191
39. Corbullón: la importancia de una preparación eficaz	195
40. Caio Suetonio Paulino: la relevancia de un buen modelo	199
41. Vorones: elegir bien a los candidatos	203
42. El pago de impuestos	207
43. Druso: la importancia de un buen directivo	211
44. Tiberio: la difícil tarea de los directivos	215
45. El funcionariado y la elefantiasis	219
46. Lucio Elio Seyano: el peligro del valido infiel	223
47. Directivos-bufones: Calígula y Nerón	227
48. Calígula: el final de un directivo-payaso	235
49. Claudio: navegar con bandera de tonto	239
50. Galba: promesas incumplidas	243
51. <i>Nolentibus datur</i> : el año de los cuatro emperadores	247
52. Vespasiano: jugar las propias bazas	251
53. Tito: premiar iniciativas	255
54. Nerva: gasto social, intereses políticos y sentido común	259

55. Trajano: la pérdida del sentido de la realidad	263
56. Adriano: palabras y antipalabras del liderazgo	267
57. Antonio Pío: paradigma de buen directivo	275
58. Marco Aurelio: un ejemplo de buen gobierno	279
59. Avidio Casio: la locura de la ambición	289
60. Cómodo: el directivo patán	293
61. Pertinax: riesgo del cambio excesivamente rápido ..	297
62. Septimio Severo: complejidades del liderazgo	301
63. Caracalla: el mal de altura	311
64. Heliogábalo: el conductor loco	315
65. Severo Alejandro: el egoísmo corporativista	319
66. Probo: realidades y utopías	323
67. Crisis económica	327
68. El ejemplo de Diocleciano: de la eficacia a la burocracia	331
69. Galerio: tácticas político-militares y estrategia vital .	339
70. Constantino: el valor de la tenacidad	341
71. La disolución de un proyecto	347



Prólogo

El Imperio Romano de Occidente ha llamado la atención de generaciones desde su desaparición en el siglo V d. C. Muchos son los libros de historia que llenan inmensos anaqueles sobre los sucesos de aquella gigantesca organización que perduró durante trece siglos.

En alguna ocasión se han hecho escarceos para analizar las enseñanzas que aquellos sucesos pudieran tener para el presente. Nunca hasta ahora, sin embargo, se había llevado a cabo un estudio de una manera tan profunda y práctica como el lector va a tener ocasión de verificar en esta obra.

No en vano, en su autor confluyen tres características que se dan en ocasiones por separado, pero prácticamente nunca juntas. De un lado, Javier Fernández Aguado es uno de los mayores expertos contemporáneos en dirección de personas y organizaciones. Sus propuestas sobre el modo de reaccionar del ser humano, tanto en solitario como en grupo, son conocidas y aplicadas por innumerables directivos tanto en Europa, como en América y otros continentes. Por este motivo su asesoramiento y sus servicios profesionales de formación han sido solicitados por cientos de organizaciones en más de treinta países del mundo.

Por otro, Fernández Aguado habla desde el conocimiento en primera persona de las organizaciones empresariales y financieras. No en vano ha sido alto directivo y luego empresario. Ha experimentado, por tanto, en carne propia, lo apasionante de gestionar una cuenta de explotación.

En tercer lugar, el autor de este libro es un conocedor a fondo de la historia del Imperio Romano. Al igual que sucediera con su magna obra sobre las enseñanzas de la Grecia clásica y su amplio ensayo sobre los templarios, ha dedicado muchos cientos de horas, me atrevo a decir que miles, a estudiar con todo detalle tanto a los autores clásicos –Dion Casio, Flavio Josefo, Tito Livio, Suetonio, Plutarco, el propio Julio César, etc.– como a los principales estudiosos modernos y contemporáneos: desde Canfora a Carcopino o Goldsworthy, entre otros muchos.

El resultado es este libro en el que muchos directivos, y también personas que no lo son ni lo serán nunca, pueden descubrir que, si hubiésemos aplicado muchos de los remedios ya inventados y evitado errores ya experimentados, hubiéramos salido antes de la actual crisis económica. Entre otras cosas, porque hoy en día, como entonces, el principal problema no es el estrictamente financiero, sino la excesiva moratoria que en temas éticos se han concedido.

La crisis del Imperio, explicada de forma magistral en el último capítulo, debería ser muy tenida en cuenta para evitar reiterar los mismos yerros en nuestra época.

La Roma clásica se muestra, en fin, en esta obra de Fernández Aguado, como un caladero muy apropiado para encontrar soluciones adecuadas en muchos de los problemas y dificultades, tanto humanos como técnicos, a los que nos enfrentamos a diario.

Fernando Moroy

Director de Relaciones Institucionales de la Caixa-D.T. Madrid

Agradecimientos

Son muchas las personas a las que debo agradecimiento. En primer lugar, a mi esposa, Marta, y a mis hijos, Enrique y Sofía. Son tres motores esenciales de mi trabajo. Mis padres políticos –Pilar y Enrique– y también su hija Raquel y su marido Antonio siguen con gran ilusión mis investigaciones.

José Aguilar es, desde hace muchos años, mi colaborador más cercano. De su inteligencia señera he hablado en más de una ocasión. Nunca podré agradecerle su apoyo, sobre todo en los tránsitos más complejos de mi existencia en el último lustro, cuando determinadas personas –por motivos de fanatismo ideológico, del que hablaré, Dios mediante, dentro de algún tiempo– han tratado de obstaculizar mi trabajo profesional con un empeño digno de mejores causas.

Múltiples son los amigos que hacen más grato mi esfuerzo. Mencionarles a todos exigiría demasiadas páginas. No puedo (asumiendo el riesgo de omitir demasiados nombres) dejar de referirme a Juanfran Hurtado, Lourdes Molinero, José de los Ríos, Rogelio Leal, Alfredo Ruiz-Plaza, Marcos Urarte, Blanca Fernández-Galiano, Mariano Vilallonga, Enrique Sueiro, Andrés Fernández-Pirla, Ignacio Escribano, Ignacio Alonso, Pep Jordan, Santiago Sabater, Isabel Sancho, Enrique Mata, Lina Vélez, Luis Rico...

Fernando Moroy, gran profesional de la banca y también de la docencia en cuestiones esencialmente financieras, merece una mención particular, pues desde hace muchos años apoya mi trabajo no solo con su afecto,

sino también como representante de la labor social que realiza la Caixa. Su contribución a la mayor difusión de mi obra es digna de mi especial reconocimiento. También, porque en nuestras frecuentes conversaciones, realiza aportaciones que procuro luego volcar en mis escritos.

José Ramón Lacosta, presidente de Foro Europeo, es otra de esas personas especiales con las que uno se encuentra en la vida, capaces de hacerla más fácil. Su apoyo, al igual que el de David Martín, de Steelcase, y el de Emilio Molinero, de Atisa, han contribuido a que este nuevo libro alcance, ya desde su publicación una mayor difusión a través de sus redes.

Christopher Smith, Eugenio de Andrés, Mariano Baratech, Joaquín Oset, Elena Ortega, Carlos Espinosa son algunos de los socios con los que actualmente trabajo desarrollando los modelos de gestión que, poco a poco, van facilitando la transformación de diversas organizaciones a ambos lados del Atlántico.

Josep Lozano, promotor del I Symposium Internacional sobre mi pensamiento, que convocó a más de 600 profesionales de doce países, el 25 de febrero de 2010, en Ifema (Madrid), es una de esas personas incansables en sus objetivos, que tanto ha contribuido a la difusión de mi pensamiento. José Ignacio Carazo, María Teresa Sáenz Blanco, Mariano Zúñiga y otros muchos profesionales contribuyen desde sus medios de comunicación también a ese objetivo. Se lo agradezco muy de veras.

José Aguilar, Marcos Urarte, Nuria Chinchilla, Luis Huete, Alfonso Jiménez, Pilar Jericó, Salvador García, Cosimo Chiesa, José Manuel Casado son algunos de los mejores profesionales del *management* español con los que comparto el estupendo ámbito de Top Ten Management Spain (www.toptenms.com), el exclusivo club que acoge a los mejores profesionales españoles en la materia. Verificar en ese entorno que es posible –también en España– compartir y emular, y no competir y envidiar, resulta una gratísima experiencia.

El apoyo de Marcelino Elosua, Pedro García-Romeral y el resto de los profesionales de LID es diferencial. Por su esfuerzo y profesionalidad, la biblioteca que, dentro de su editorial, lleva mi nombre ha cruzado muchos ríos y mares.

Gracias a todos los mencionados en estas líneas, y a muchos más por su aprecio, su cariño y su ayuda. Bien saben unos y otros que los llevo en el corazón y en la cabeza.

Introducción

Muchos piensan que el mundo ha comenzado cuando ellos llegaron. Otros, que se acabará cuando ellos desaparezcan. En realidad, la vida de cada uno ocupa un limitado recorrido dentro de un flujo temporal del que ignoramos su longitud. Conocer el pasado nos ayuda a tomar decisiones para el futuro. Los ciclos no son iguales, pero tienen semejanzas. Lo más sensato es profundizar en lo que ha sucedido, asimilar lo experimentado por otros, para procurar no repetir errores y aprender, eso sí, de los aciertos.

Me gusta afirmar que hablar de griegos y romanos es hablar de nosotros mismos. Hace algunos años, centré mi atención en enseñanzas que ofrece el mundo griego. Así surgió *Management: la enseñanza de los clásicos*. En ese texto, repetidamente reeditado, puse sobre la mesa ejemplos de la historia y la mitología de la Grecia clásica, de Esparta, de Macedonia... En esta nueva obra espigo en la Roma clásica comportamientos, personajes y sucesos que pueden aportar planteamientos sugerentes a nuestro modo de entender personas y organizaciones.

Siempre, pero más en tiempos de incertidumbre (y casi todos lo son), resulta de interés analizar cómo vivieron nuestros ancestros.

Existen cuatro modos de conceptualizar la filosofía de la historia. Para algunos, todo va a mejor. Cualquier mundo pasado fue peor, y lo que ahora vivimos supera lo experimentado por los anteriores habitantes del planeta. Frente a los optimistas se alzan las teorías de los pesimistas. Para

estos, cualquier tiempo –por el contrario– fue mejor. Siguiendo de algún modo los versos de Jorge Manrique, se tornan cenizas: hoy, según ellos, la humanidad estaría en peores condiciones de lo que lo estuvo nunca.

Una tercera alternativa es la de los pensadores de inspiración hegeliana. Para estos, el eterno retorno explicaría los acontecimientos. Lo que hoy acaece sería la réplica de lo sucedido en un ciclo anterior. Estas teorías conducen en ocasiones a una consideración materialista de la historia y de sus actores, llegando a negar la libertad.

La cuarta posibilidad es comprender que si bien es cierto que hay paralelismos en los sucesos históricos, las circunstancias, los personajes y las decisiones son novedosos. ¡Es posible aprender del pasado! ¡No estamos condenados al fatalismo! Resulta viable innovar, y es más fácil cuando conocemos tanto los yerros como los logros del pasado, y sus causas. Considero que contemplar lo acaecido en siglos anteriores puede –correctamente captado– iluminar nuestros pasos.

Entre el 753 a. C. y el 476 d. C. se desarrolló la apasionante existencia del Imperio Romano de Occidente (el de Oriente se mantendría hasta el 1453, fecha en que Constantinopla cayó en manos de los turcos).

En este libro he seleccionado sucesos económicos, empresariales, políticos, humanos... que bien puedan servir de paradigmas a imitar o de ejemplos a evitar.

El motivo que puso en marcha este volumen fue la petición de numerosos empresarios y directivos de organizaciones públicas y privadas que, tras leer en mis artículos referencias a la Roma clásica, o escucharlas en mis conferencias o seminarios, me han instado a plasmar por escrito esas reflexiones, facilitando su aplicación a las circunstancias actuales. Espero dar respuesta a tan amables e insistentes solicitudes.

La estructura de la obra está pensada para que los capítulos puedan ser leídos independientemente. De ese modo, quien tenga interés por un personaje puede dirigirse directamente allí. Eso explica que cuando trato en diversos lugares del mismo emperador, general, persona o suceso destacado, procuro que el texto pueda ser entendido sin necesidad de leer otros capítulos en que trato de ese mismo tema.

El espacio dedicado a todos es semejante, salvo en algunos –Aníbal, Escipión, Julio César, Calígula, Adriano, Trajano, Septimio Severo, etc.–, pues sus enseñanzas reclamaban mayor atención.

Este libro no pretende ser un texto de historia. Con todo, los datos han sido debidamente contrastados y la bibliografía manejada es tanto la de época –Dion Casio, Suetonio, Josefo, etc.– como cientos de los estudios elaborados por los autores modernos y contemporáneos más rigurosos, independientemente del país de procedencia: Kovaliov, Carcopino, Goldsworthy...

El recorrido de las enseñanzas es fundamentalmente cronológico. De todas formas, en alguna ocasión introduzco cuestiones en algún capítulo –como el de las fiestas lupercales o el de las políticas fiscales– cuyo enclave temporal podría incluirse también en otros momentos de la historia de Roma al ser más conceptual que temporal. En otras ocasiones desgloso una misma coordenada en dos o más capítulos, para centrar la atención en alguna de las enseñanzas más relevantes que pueda contener. Las repeticiones son mínimas, pero alguna se incluye, para aportar el contexto que permita entender adecuadamente el relato.

He defendido en múltiples ocasiones que la mejor cifra de personas para emprender un proyecto es un número impar inferior a dos. Al emplear esta expresión, no deseo echar por tierra el anhelo de muchos por poner en marcha iniciativas contando con el apoyo de un equipo humano. Cuando hablo de ese número perfecto, no lo hago en el sentido de que sea imposible la cooperación, sino más bien apunto a que, cuando deba darse, todos los implicados deben sumar. No basta contar con un grupo, sino que ha de formarse un equipo.

Cuando varias personas van a implantar un plan y no sienten con un solo corazón, y no piensan con una sola cabeza, aquello acaba por saltar por los aires. No se trata de pensar lo mismo, pero sí de coordinar adecuadamente, siendo capaces de ceder y de aprender de los demás.

No sucedió esto en el origen del Imperio Romano. Discutieron los dos promotores sobre el nombre de la ciudad que estaban creando: lo elegiría quien avistase más pájaros. Rómulo, ganador, denominó como Roma a

la ciudad. Remo, en vez de contribuir, se enojó. Tras discutir agriamente con Rómulo, borró los límites de la futura urbe. Rómulo lo mató.

Si en vez de envidia hubiese habido emulación, los dos innovadores habrían contribuido más eficazmente al mejor desarrollo del incipiente Imperio.

Ojalá se extienda también en España una sana emulación que lleve a este país a ser referente no solo en gastronomía, fútbol, tenis, gestión financiera o *management*, como ya lo es hoy, sino en muchas más ciencias y artes.



1

El triunfo de lo imperfecto: el ejemplo de los Curiacios

Los programas de Excelencia promovidos por instituciones públicas y privadas siempre me han parecido laudables. Han de soslayar, sin embargo, el error de considerar que la perfección es posible. Para bien o para mal, vivimos en un mundo en el que es el equilibrio de imperfecciones y no la ciega creencia en un universo impoluto lo que nos permite avanzar. Las personas u organizaciones que por fanatismo, mesianismo, ignorancia, infantilismo, orgullo u otros motivos, prometen la perfección sin matices conducen a sus seguidores al desastre.

Hitler, Stalin, Lenin, Mao, Castro, Pol Pot, entre otros, engrosan la lista de quienes aseguraron entornos plenos de perfección para sus seguidores, pero que en realidad diseñaron inmensos campos de concentración y/o de exterminio. Y es que lo excesivamente perfecto no es viable.

La victoria no está de la parte de quien gestiona como si el mundo fuese pulcro y sin mancha, sino de quien sabe aprovechar sanamente las oportunidades que proporcionan unas coordenadas plenas de dificultades y aristas. Precisamente esos obstáculos y problemas tornan la existencia en un apasionante reto:

Corría el año 699 a. C., Roma tenía poco más de medio siglo de existencia. Las relaciones entre la incipiente urbe y la ciudad de Alba Longa eran cordiales y se habían producido matrimonios mixtos. Desafortunadamente, de una apacible convivencia se pasó a un cruel enfrentamiento.

Los políticos decidieron resolver la disputa mediante el duelo de dos tríos de luchadores. Fueron seleccionados tres hermanos por parte de Roma –los Horacios– y otros tres por parte de Alba Longa –los Curiacios–. El dramatismo se incrementaba pues Camila, hermana de los Horacios, se encontraba prometida a uno de los luchadores de Alba Longa. A pesar de los conflictos sentimentales, el progenitor romano incitó a sus vástagos a aplicarse a fondo en la batalla, que había de desarrollarse hasta la victoria de una de las partes.

Tampoco por el otro bando la situación era pacífica, pues el más joven de los Horacios estaba desposado con Sabina, una joven de Alba Longa. Las actitudes fueron diversas: el Horacio clamó desde el primer momento por la relevancia de atender los deberes patrios. El Curiacio implicado gimió entristecido por la fatalidad.

La batalla comenzó de forma favorable para los Curiacios, dos de los romanos fueron heridos y rematados. Con la victoria casi en la mano, los tres se abalanzaron sobre el Horacio que quedaba en lid. Según narran diversos historiadores, ya se relamían de una victoria que tocaban con la punta de los dedos.

El Horacio superviviente, magullado, lejos de creerse superior a sus enemigos, diseñó una estrategia. Ante el disgusto de sus propios conciudadanos, salió corriendo como si el terror a la muerte le atenazara. Los Curiacios, victoriosos pero lesionados, le siguieron.

En la persecución quedaron distanciados entre sí los de Alba Longa. Fue el momento esperado por el romano para ir rematando a cada enemigo. Vencedor, fue aclamado en Roma con gritos de júbilo. Quienes antes le increparon ahora le ensalzaban. Buena enseñanza es no fiarse de clamores ajenos, ni cuando encumbran ni cuando denigran, pues las voluntades de las masas son tornadizas. Cada uno ha de hacer lo que debe hacer, según su conciencia, lejos de aflicciones por opiniones volubles.

Una romana estaba descontenta: Camila, porque su hermano había matado a su prometido. Este, ensoberbecido por su triunfo, en vez de comprender los sentimientos de la muchacha, optó por acabar con ella, mientras le espetaba:

—¡Vete de aquí a estar con tu novio! ¡Mira que olvidarte de tus hermanos muertos y del que vive que ha salvado a tu pueblo de la esclavitud! ¡Así morirá todo aquel que se entristezca por la victoria romana y llore por los enemigos vencidos!

Los magistrados que juzgaron el caso le declararon inocente.

No está de más mencionar el elemento motivador que supuso para los Horacios el juramento que su padre les hizo prestar antes de lanzarse al combate. Aquel excelso momento ha sido recogido en el arte por David, que plasmó la emoción inmensa de las circunstancias en su famosa obra neoclásica, que vio la luz en 1784.

Todo en la historia de este enfrentamiento fratricida tiene mucho de gestión de lo imperfecto. Cuando se administra bien la imperfección —la batalla en sus momentos finales—, los resultados son sublimes. Cuando, por el contrario, la imperfección es mal gobernada —las imprecaciones de Camila que conducen a su asesinato— el desastre será seguro.

Peor hubiera sido, en cualquier caso, que el Horacio restante hubiese optado por enfrentarse sin estrategia —porque se considerase perfecto— a sus enemigos. Aceptar la propia situación en el mundo facilita mucho tomar las decisiones adecuadas. Cuando una persona o una organización se niega de manera pertinaz a asumir la realidad, las áreas de mejora, los innegables defectos que toda persona y organización acumulan, la curación resulta imposible.

Solo quien se permite diagnosticar bien estará en condiciones de proponer terapias adecuadas. Quienes se encierran en sus despachos cuidadosamente amueblados y no contrastan con la realidad acaban siempre por dañar a las organizaciones y a las personas a las que dicen servir. La humildad no es una virtud de melindrosos ascetas, sino un hábito imprescindible para directivos que aspiren a ser líderes.

Servio Tulio: el peligro de la envidia

Servio Tulio nació en el año 578 a. C., y acabaría su existencia asesinado en el 535, por una conspiración encabezada por su propia hija y su yerno: Tarquino el Soberbio. Servio Tulio, sexto rey de Roma, había sido nombrado monarca por la viuda de su antecesor: Lucio Tarquino Prisco.

A lo largo de su reinado, Servio Tulio incorporó a la ciudad de Roma las colinas de Esquilino y Viminal. Además, fue el promotor de la muralla que cercaba parte de la ciudad. En una política de medio plazo, trató de proporcionar poder a los plebeyos, aquellos ciudadanos que no procedían de las familias que habían habitado Roma desde sus orígenes. El objetivo era precisamente tratar de controlar en lo posible la fuerza de aquella primitiva oligarquía que acumulaba poder, pero con escaso fruto para el pueblo.

Durante el tiempo en que ejerció el mando, la sociedad romana fue abriéndose. Iban llegando colonos, peregrinos, se incrementaba el número de libertos. Esto no significó que se igualaran las rentas, más bien sucedió lo contrario: la distancia entre los adinerados y los pobres siguió incrementándose y surgió un movimiento social que aspiraba a una igualación entre las diversas clases sociales.

Resolver el problema no era sencillo. Servio Tulio lo intentó tomando decisiones que consideró de utilidad. Entre otras, las siguientes:

1. Dividió en 30 tribus a la población de Roma. No en función de sus relaciones familiares, sino de sus domicilios.
2. Aquellas personas que disponían de medios económicos en forma de propiedad tendrían la obligación de colaborar –mediante la creación de un nuevo impuesto– a los gastos de la urbe.
3. Elaboró una Constitución, la primera que se conocía en Roma con el objetivo de unificar a todo el pueblo en torno a esa carta legislativa, evitando que se impusiera definitivamente el sistema de castas.
4. Dispuso que los varones entre 16 y 60 años residentes en Roma tuviesen que hacer el servicio militar.
5. Sistematizó a la población en cinco niveles o clases sociales. La diferencia la constituía el tipo de armamento que empleaban, porque todos tenían las mismas obligaciones con respecto al país.
6. Captó impuestos para construir el *agger*, o muralla de doble defensa que amparaba Roma en la zona más vulnerable: el Esquilino.
7. Negoció un acertado tratado entre Roma y la Liga Latina. Ese texto podía verse durante la época republicana en el templo de Diana.

Todas las medidas, en términos generales, estaban diseñadas en beneficio del conjunto de la sociedad. Sin embargo, al atacar prebendas que algunos no querían ceder, comenzó una sedición encabezada por su propia hija con el apoyo de quien aspiraba a ocupar el puesto de Servio Tulio.

Para acabar con él, lo acorralaron en una vía estrecha situada en la zona del *Civus Orbis*. Allí fue atropellado por el carro conducido por Tulia. Esta, según cuentan los historiadores, no dejó de pasar por encima del cuerpo hasta que quedó plenamente convencida del fallecimiento de su progenitor.

Un buen gobernante es apreciado por su pueblo. Sin embargo, los mediocres –quienes no saben distinguir lo sublime de lo baladí– tienden a sentirse agredidos por quienes muestran valía. Surge entonces la envidia, que consiste en la incapacidad de contemplar de forma admirativa lo que los demás aportan, y centrarse solo en lo que se considera –sin serlo– un agravio.

En el caso de Tarquino (534-509 a. C.), el apelativo que la Historia le ha dado –el Soberbio– deja bien a las claras lo que este personaje podía pensar sobre lo que alguien estaba tratando de aportar a la naciente monarquía.

Como es propio de los insignificantes, en vez de pensar en construir, centró su actividad en aniquilar lo que su suegro había erigido. Comenzó por cancelar la constitución que sabiamente había diseñado Servio Tulio para dar un lugar adecuado a los plebeyos. No contento con esto, trató de reducir el poder del Senado para encumbrarse él. Y, como también es propio de quienes no se ocupan de los intereses de los demás, sino de los propios, instauró una guardia personal para su defensa.

A medio plazo, los alfeñiques pueden alcanzar cierto reconocimiento, pero el paso del tiempo casi siempre pone a cada uno en su sitio. Al menos así sucedió con Tarquino el Soberbio, «De la raza le viene al galgo», podría decirse, la violación de una joven romana de nombre Lucrecia cometida por su hijo Sexto Tarquino provocó el derrocamiento del cruel gobernante.

Tras aquellas lamentables experiencias, es lógico que los romanos no quisieran volver a oír hablar de monarquía. Siglos más tarde, Julio César pagaría con su vida la supuesta pretensión de devolver la realeza a Roma.